

An aerial photograph of a dense, vibrant green forest. A dark, winding river meanders through the landscape, creating a series of loops and curves. A single, dark, fallen tree branch lies across the middle of the frame, partially obscuring the river and the forest below. The overall scene is rich in natural detail and color.

**GONZALO
GINER**

**LA BRUMA
VERDE**

PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2020

Vuelve el autor de *El sanador de caballos* con una emocionante novela que te robará el alma.

Bineka, nacida en la profundidad de uno de los últimos pulmones verdes del planeta, es apresada por Maxime y sus hombres, que han arrasado su aldea. Pero, tras sufrir un accidente, la madre selva la protege y es adoptada por un clan de chimpancés, con los que convivirá varios meses.

Al mismo tiempo, Lola Freixido, una exitosa directiva, viaja al Congo para rescatar a su mejor amiga, Beatriz Arriondas, una cooperante medioambiental que ha sido secuestrada.

Bineka y Lola se enfrentarán a una compleja trama de corrupción y se verán abocadas a una huida llena de aventuras que correrán en compañía de Colin Blackhill, un cooperante británico que se cruza en su camino y que ayudará a la joven congoleña a luchar por la conservación de su mundo.

Un vertiginoso *thriller*. Un conmovedor alegato ecologista. Un canto al conservacionismo y una gran historia de amor en la legendaria selva africana.

*Dedicada a todos los que han buscado refugio
en África para poner sus conocimientos e ideales
al servicio de la defensa del medio natural, la
ayuda a los demás o la protección de especies
en peligro de extinción.
En esta novela vais a conocer a algunos.
Sin olvidar a Pilar, mi mejor inspiración.*

Premio Lara 2020

Editorial Planeta convoca el Premio de Novela Fernando Lara, fiel a su objetivo de estimular la creación literaria y contribuir a su difusión.

Esta novela obtuvo el XXV Premio de Novela Fernando Lara, concedido por el siguiente jurado: Fernando Delgado, Pere Gimferrer, Ana María Ruiz-Tagle, Clara Sánchez y Emili Rosales, que actuó a la vez como secretario con voto.

El Premio de Novela Fernando Lara cuenta con el patrocinio de la Fundación Axa.

Un día, su abuelo le contó que no solo los humanos podían hablar, escuchar, decidir y amar.

Ella, con solo diez años, sorprendida ante tan curiosa afirmación, preguntó qué otra criatura sería capaz de hacer todo eso. El hombre, con una rama entre los dientes y la mirada perdida por la frondosa naturaleza que rodeaba su pequeña aldea, respondió que la selva.

—Si aún no te has fijado, niña, la madre selva respira, vive, siente. Hay quien dice que sabe reír con el agitar de sus hojas; y otros, que es capaz de llorar cuando se le pudren las entrañas, escucha el quebrar de las ramas o ve con inagotable pena cómo caen sobre su seno algunos viejos árboles vencidos por la edad. Ella también sufre, como lo hacemos tú y yo.

—Abuelo Tonuk... —La niña señaló el bosque con un dedo—. Puedo entender que viva, sufra y sienta, pero no que pueda llegar a amar.

—Cuesta más verlo, sí, pero debes saber que desde el mismo día en que nacemos, la selva nos observa y reconoce lo que llevamos en el alma. Es entonces cuando decide a quién va a querer y a quién no.

La niña empujó una piedrecita para que un torpe escarabajo dejara de chocar con ella y siguiera su camino. Volvió su mirada al rostro arrugado de su abuelo y preguntó llena de curiosidad en qué grupo estaba ella.

—Mi pequeña Bineka, si la selva puso su verde en tus ojos es porque decidió hacerte de los suyos. Te protegerá siempre.

»Jamás lo dudes; tú eres una de sus elegidas.

Primera parte

LOS LADRONES DE SUEÑOS

1

*En una aldea de la provincia de Tshopo, República
Democrática del Congo
Diciembre de 2009*

Todo eran llamas, oleadas de calor y lenguas anaranjadas. Aunque lo que Bineka recordaría para siempre serían los gritos; los gritos de los suyos mientras morían.

Si la aldea tenía veinte chozas, quince ardían por entero, se contraían y bramaban. Todo era un alarido.

Eso fue lo primero que su amiga Sanza y ella vieron al dejar el bosque a sus espaldas y pisar el poblado. Lo segundo fue peor: una horrible colección de cuerpos ensangrentados y diseminados por doquier; alguno aún se movía.

Los distinguieron desde el umbral de la tragedia, con los ojos fuera de las órbitas, antes de lanzarse a los brazos del incendio, buscando, mirando, tratando de entender.

—¡Abuelo!

Carreras rotas, voces de pánico, miradas sin escapatoria.

La aldea estaba desapareciendo engullida por el fuego del infierno.

Bineka corrió hacia su choza en busca de Tonuk, espantada, sin saber qué podía estar pasando. Sanza hizo lo mismo, buscando la suya; el pequeño cuerpo partido en dos que encontró tirado en la entrada era el de su tercer hijo. Gritó su dolor con tanto desgarró que atrajo la atención de un grupo de desconocidos en plena persecución de los últimos habitantes vivos de la aldea; unos depredadores nunca antes vistos.

Tonuk no estaba dentro de la choza.

Bineka corrió hacia el cercado donde guardaban las cabras y la vaca, y al llegar presenció una imagen pavorosa. Vio a su abuelo, de rodillas, frente a un hombre blanco armado con una pistola y un machete.

—¡Abuelo! —gritó solo un segundo después de que el extraño le reventara el cráneo de un disparo.

Bineka se abalanzó sobre el cuerpo vencido de Tonuk y lo abrazó ahogada en lágrimas. No vio cómo los cuchillos siguieron arrebatando vidas por doquier, en una cacería sin piedad, ni cómo el fuego lamía, mordía y lo devoraba todo. Tampoco pudo ver cómo atrapaban a su amiga Sanza para darle muerte sin la menor piedad con un hijo en cada brazo.

Enarbolando el machete en una mano, el ejecutor de su abuelo agarró a Bineka del pelo y la forzó a mirarlo.

Entre lágrimas de odio y conmoción, ella alzó la vista y descubrió en aquel rostro una expresión seca y exenta de cualquier sentimiento. Tenía un ojo gris, como si las cenizas que deja el fuego vivieran siempre en él, y el otro muy oscuro, como si fuese la antesala de la muerte. Lejos de sentir miedo, esperó a recibir el golpe definitivo, abandonada a su suerte, incapaz de entender qué podía motivar aquella barbarie.

Pero el golpe no llegaba.

El hombre se había quedado tan deslumbrado con el insólito color de sus ojos que cambió de decisión. Tiró de ella para ponerla en pie sin que Bineka ofreciera resistencia. Alrededor solo había llamas, y un silencio que todavía dolía más. Un silencio oscuro, cuajado de muerte. La joven buscó alguna respuesta en el contorno boscoso de la aldea y le pareció ver que la selva también se estremecía, incapaz de contener el dolor que estaba sintiendo por los suyos.

Y en mitad de aquel silencio, el asesino de su abuelo dirigió dos fuertes silbidos a los suyos y en menos de tres minutos entraron en la aldea dos todoterrenos que aparcaron cerca de donde estaban. Al verse arrastrada por aquel de-

monio hacia uno de ellos, Bineka se rebeló, pateó y lo arañó, sin conseguir otra cosa que terminar gritando con todas sus fuerzas. Porque nada pudo hacer contra la voluntad de un hombre más fuerte y decidido a llevársela con él.

El tipo la cogió por la cintura y sin esfuerzo alguno se la puso al hombro como si se tratara de un fardo. De esa manera recorrieron los últimos metros hasta el primer vehículo; ella vio cómo más de uno limpiaba su machete en la ropa de las víctimas entre risas y bromas. Contó siete; cinco de piel negra y otro blanco, aparte del asesino de su abuelo.

—¡Ha cazado una pantera, jefe!

—La compartiré, ¿no? —apuntó otro, de piel negra casi azulada.

El hombre se limitó a decirles que arrancaran el coche.

Bineka identificó un acento extraño en la voz de su captor, aunque todos hablaban en su misma lengua, el suajili. Presa de un agudo pavor, aturdida y sin saber qué iba a ser de ella, se prometió no llorar más. A salvo de una brutalidad que nunca podría olvidar, decidió mirar a todos los suyos, uno a uno, en su particular homenaje de despedida. Y entre los últimos reconoció a Sanza, a sus hijos, a dos primos.

A tanta gente querida...

Una vez sentada en el vehículo, todavía pudo ver a su abuelo desde la ventanilla, y se mordió los labios para no llorar; no quería mostrarse vulnerable a ojos de sus verdugos. La sangre que humedeció a continuación sus labios le supo a pena, pero también a venganza.

Bineka no supo cuánto tiempo estuvieron adentrándose en la selva, ni que se movían en dirección este. Iba en el segundo coche, a una velocidad excesiva y sin que su conductor pusiera el menor cuidado a pesar del trazado y el firme irregular de la pista de tierra, de modo que sus ocupantes no dejaban de botar sobre los asientos con brusque-

dad, ni de moverse a derecha e izquierda. Ella solo gemía y gemía, tapándose la cara con las manos, hasta que su captor la amonestó con una violenta bofetada y optó por ser más comedida.

Matzim. Ese era el nombre del asesino de su abuelo.

Lo había escuchado en boca del que viajaba a su derecha, y supo que pensaban volver a la aldea al día siguiente para terminar de quemarlo todo. Trató de memorizar adónde la llevaban, pero no lo entendió bien.

—Una aldea más y nos volvemos al campamento; toca descansar y comer algo —respondió el tal Matzim a las preguntas del copiloto.

Iban dos hombres en los asientos delanteros, y ella atrás entre los otros dos.

—¿Cómo te llamas? —Matzim le quitó las manos de la cara para volver a admirarla. A pesar de sus enrojecidos ojos y de su corta edad, la chica tenía una inusual belleza.

Ella no quiso contestar.

El tipo hizo amago de arrancarle la respuesta a bofetadas, pero de repente sucedió algo. Unas inesperadas sombras surgieron desde los arcones y se cruzaron con el primer vehículo. En un intento por evitarlas, este giró de forma tan brusca que volcó y empezó a dar vueltas de campana hasta salirse del camino después de llevarse por delante a dos de las sombras.

Sin haber llegado a verlos, Bineka supo que se trataba de un grupo de chimpancés al oír sus chillidos.

Su todoterreno frenó a fondo, pero por culpa del suelo embarrado perdió el control y se estampó contra el tronco de un centenario baobab a la derecha de la pista. El conductor y su acompañante atravesaron el cristal delantero para terminar quedando tendidos sobre el capó, quizá muertos.

Bineka se golpeó en la frente, por culpa de la brutal colisión, sin acertar a saber con qué. A su lado, el tal Matzim, con la cabeza vencida sobre el hombro, no se movía. San-

graba de forma copiosa por la cara y el cuello. El otro captor, el que había llevado a su derecha, acababa de abandonar el coche y le vio caminar con dificultad, agarrándose una pierna por la que asomaba un afilado hierro. Sintió apremio de huir, pero al impulsarse sobre el asiento para salir afuera tocó algo frío. Miró qué era. Se trataba de un revólver. Lo cogió, devolvió la mirada al asesino de su abuelo y le tentó la posibilidad de cobrarse el daño que le había producido. La idea la hizo temblar de arriba abajo. Pero en ese momento le vino a la cabeza la imagen de su abuelo muerto, la de Sanza y la de tantos amigos... Nunca había usado un arma, pero no lo dudó. Apuntó a su pecho, tomó aire y apretó el gatillo. El hombre rebotó sobre el asiento, soltó un terrible alarido y le dirigió una mirada de infinito odio; quizá su última mirada. Ella, antes de que pudiera reaccionar, escapó del vehículo, lanzó la pistola lejos y echó a correr muy asustada, de vuelta a su poblado, en dirección contraria a la que habían ido.

Pero a los pocos pasos se detuvo.

Frente a ella había una hembra muy grande de chimpancé, apoyada sobre el cuerpo aplastado de otro ejemplar, a simple vista más joven. Acariciaba su cabeza, puede que a la espera de obtener alguna reacción del otro, y de repente le metió los dedos en la boca, gimiendo a continuación cerca de su oído. Pero no respondía. Tras varios intentos más, la hembra se incorporó, un tanto aturdida, y empezó a dar vueltas alrededor del herido de una forma atropellada, con la respiración agitada y empujándolo cada poco, como si estuviera tratando de despertarlo de un sueño que no era tal.

De espaldas a Bineka, el resto de los simios se dirigieron a los todoterrenos sin dejar de chillar. Al volverse para mirar, vio cómo dos atacaban al sicario que había salido aturdido de su coche. Otros tiraban de los ya fallecidos, arrastraban sus cuerpos por el suelo y, cuando se cansaban de moverlos de un lado a otro, los golpeaban con inusitada

furia. Contó tres chimpancés muertos. El resto parecían decididos a cobrarse su venganza allí mismo.

Bineka podía entender cómo se sentían.

Presa de un creciente pavor volvió a observar a la hembra, y cuando sus miradas se cruzaron empezó a temblar. La vio ponerse de pie y caminar hacia ella, muy resuelta. Aunque apenas la ganaba en altura por unos centímetros, la doblaba en fortaleza. Si se ponía a correr, sin duda la alcanzaría y podría ser mucho peor. Sintió la garganta seca y el corazón encogido. Entonces de improviso se oyó una fuerte explosión y una enorme llamarada envolvió el primer todoterreno; definitivamente, nadie iba a poder ayudarla.

Y en ese momento, al recordar una historia que le había contado su abuelo años atrás sobre cómo pudo evitar el ataque de un gorila macho en plena selva, decidió aplicar la misma solución: se tumbó al lado del animal muerto, todo lo quieta que pudo, con la respiración contenida y los ojos cerrados. La hembra, sorprendida, se sentó junto a ella y empezó a olisquearla con decidida curiosidad. Exploró su pelo, sus orejas, sus ojos; terminó acercándose tanto al rostro de Bineka que le hizo sentir su aliento en las mejillas, párpados y labios, mientras emitía un coro de suaves ronquidos, casi inaudibles.

La joven abrió los ojos y se volvieron a cruzar sus miradas. Le pareció ver una gran tristeza en la del animal, y sin pensárselo dos veces le ofreció la mano. La hembra se quedó parada contemplándola, hasta que posó un dedo en ella, arrastrándolo después a lo largo de su palma. Y Bineka, más confiada, empleó la otra para apenas rozar con ella su cara de una forma muy comedida, como le había visto hacer a ella. Y la hembra tampoco la rechazó.

Pero todo cambió cuando empezaron a acercarse los demás simios y fue objeto de al menos una docena de miradas bastante poco amistosas. Asustada, encogió las piernas sobre su cuerpo y cerró los ojos a la espera de ser vícti-

ma de sus golpes, como había visto hacer con los demás ocupantes de los todoterrenos.

Uno de ellos, el de gesto más fiero, la agarró por el tobillo y tiró con tanta fuerza de él que faltó poco para que se lo arrancara de la pierna. Otro más joven la cogió por el pelo y empezó a arrastrarla por el suelo sin compasión alguna. Bineka decidió, para no sufrir más de la cuenta, pensar en su abuelo Tonuk, en el vago recuerdo de sus padres, a quienes apenas había conocido, en Sanza, su mejor amiga. Notó muchas manos más, ásperas y firmes, asiéndola por piernas, brazos y cuello. Por un momento dudó si no la iban a descuartizar. Pero de pronto, y tras un agudo chillido que ahogó el ensordecedor coro de jadeos y silbidos que recorría el grupo, empezó a sentirse liberada de aquellas garras, una a una, hasta que abrió los ojos y descubrió el motivo.

La hembra a la que había acariciado se había interpuesto entre los chimpancés y ella para defenderla. Uno medio calvo y enorme, quizá fuese el macho del clan, le lanzó un aullido desafiante. Por toda respuesta, recibió un manotazo de la hembra que lo dejó parado. Los demás rebajaron al instante su agresividad y empezaron a dispersarse, de regreso al bosque.

Bineka deseó que aquella hembra se uniera a ellos y la dejara sola. No fue así. Su salvadora la cogió de la mano y tiró de ella, para poco después perderse las dos por la espesura.

2

Selva de Tshopo, República Democrática del Congo *Diciembre de 2009*

Bineka caminaba dos pasos por detrás de la hembra, adentrándose en el frondoso macizo verde de una selva desconocida para ella, sin haber conseguido soltarse un solo instante. Lo hacía obligada e iba un tanto ida; con un creciente mareo y en un estado de confusión que acabó costándole mantenerse en pie.

Miraba al resto de los chimpancés con atención y más, en concreto, a los tres machos que encabezaban la comitiva. El más grande, al que le costaba pasar desapercibido, lucía una espalda enorme y abundante pelo por todo el cuerpo, salvo en la cabeza, donde exhibía una llamativa calvicie.

A pesar de la distancia que Bineka procuraba mantener con aquel individuo, se preguntaba qué sería de ella. ¿La tendrían como a una chimpancé más, o ante el menor descuido de su protectora sería atacada y devorada? Era consciente de que la dieta de aquellos animales consistía en una suma de semillas, fruta y hojas, a la que añadían poca carne, solo de vez en cuando, pero ella era carne...

Medio ahogada en sus sombríos pensamientos, iba tratando de fijar en la memoria cualquier detalle que le sirviera para reconocer el camino de vuelta, en caso de que pudiera escapar. Le valía cualquier cosa, por insignificante que fuera: la retorcida corteza de un árbol, poco habitual, una piedra con una forma singular, alguna planta poco común.

Aquellos breves soplos de lucidez se veían sofocados de golpe por otros que la tenían completamente aterroriza-

da, y empezaba a temblar por todo: ante cualquier ruido extraño que surgiese de la selva, con el menor gesto de amenaza que viera en un miembro del clan, o por el recuerdo de los horrores vividos no demasiadas horas atrás.

No es que viviese con miedo, lo suyo era pavor.

La escena del accidente le había dejado claro que aquella hembra tenía mucho poder, pero no sabía si sería suficiente para no verse atacada por los demás.

De los dieciocho simios que integraban el grupo, cerraba la marcha una hembra muy joven, animosa y alegre, que se le acercaba cada pocos pasos para apenas rozarle las piernas. Bineka no sabía si lo hacía por curiosidad o la movían otros motivos, pero le pareció de lo más dulce e inofensiva.

Andaba metida en aquellos pensamientos cuando empezó a oír un creciente eco de gruñidos. Provenían de la cabecera de la comitiva y se fueron extendiendo hacia atrás, como en oleadas, entremezclados con el piar de los pájaros y el crujir de sus propias pisadas. No se parecían a los jadeos de las crías que llevaba oyendo desde hacía un rato; una sucesión de gruñidos que interpretó como una fórmula de sumisión a sus mayores. Aquello sonaba distinto y no supo qué significaba. Tan solo vio al macho de mayor tamaño ascendiendo a toda velocidad por el tronco de un árbol y a cuatro hembras detrás, imitándolo. En ese instante sintió pánico. Ella no iba a poder hacer lo mismo. Y si se quedaba en el suelo, ¿qué le pasaría? ¿La dejarían irse? ¿Sería su momento para escapar?

Estremecida por lo que le pudiera ocurrir, imploró la ayuda de sus antepasados. Su padre le había hablado de ellos tan solo unos días antes de abandonar la aldea para siempre. Y a pesar de que por entonces Bineka solo tenía ocho años, aún recordaba la conversación con el suficiente detalle. Supo así que todos los muertos, también los suyos, una vez que abandonaban la selva y el río Congo, habitaban en una ciudad que ningún humano había pisado jamás,